

JUDÁ BARBER

# *Las Navas*

El caballero de Calatrava  
en la batalla más importante de la Reconquista

la esfera  de los libros

# Prólogo

*Salvatierra, julio 1211*

Cuatrocientos caballeros se preparaban para morir.

La actividad en el interior de la fortaleza de Salvatierra era frenética. Se escuchaban los relinchos de los caballos, el tintineo del acero, las botas golpeando el suelo, las voces varoniles llamando a la batalla. Los escuderos corrían con las lanzas y espadas, otros aprestaban a las monturas y algunos acababan de ayudar a los caballeros con el último ajuste de sus armaduras.

A pesar de la inminencia de la batalla, los hombres parecían calmados. Eran curtidos soldados de Cristo, de conciencias tranquilas; con la serenidad propia de guerreros que luchan por un fin mayor que su propia existencia.

Eran caballeros de la Orden de Calatrava.

Uno de ellos, un veterano de aspecto recio y sufrido, subió por una escalera de madera que crujió bajo su peso. Alcanzó el adarve y se acercó a otro caballero más alto que observaba con aire distraído la seca y polvorienta llanura que se extendía desde los pies de la cima donde se asentaba el castillo hacia el horizonte. Se

quedó inmóvil a su lado, compartiendo el silencio como solo dos hombres que llevan unidos toda la vida en la guerra y en la muerte pueden hacerlo.

El sol asomaba por el este en un cielo limpio y despejado, deshaciendo las penumbras del alba e iluminando un espectáculo que haría temblar al guerrero más valiente. Una masa oscura avanzaba de forma irregular, una muchedumbre de almohades marchaba en busca de la sangre de los calatravos. Era el ejército de Muhammad al-Nāsir, conocido como Miramamolín por sus enemigos; una inmensa hueste con un único propósito: destruir los reinos cristianos de la península ibérica.

Aun en la distancia, podía oírse la voz aguda de los clarines, el grave retumbo de los tambores y las roncas gargantas que cantaban a la victoria de la media luna. Una horda variopinta compuesta por guerreros de distintos orígenes y habilidades, pero todos unidos en la fe del islam. La formaban los veteranos almohades, firmes soldados de infantería; los temidos jinetes *agzaz*, diestros asesinos a caballo; la experimentada caballería pesada andalusí, con sus impenetrables armaduras; los esclavos negros, enormes y aterradores; los impredecibles árabes, la mejor caballería ligera del mundo; los ruma, arqueros veteranos de las tribus africanas y una muchedumbre de voluntarios llegados al calor de la yihad que compensaban su falta de pertrechos con su apabullante número y entusiasmo. Todos marchaban bajo los diferentes pendones y enseñas del Profeta, confiados en que su increíble superioridad numérica barrería aquella pequeña fortaleza; serían una marea imparable que aplastaría las defensas calatravas sin dificultad.

—Hay unos cuantos —comentó el caballero alto.

El otro asintió.

—Pues no les hagamos esperar —repuso.

Enric Vidal sonrió. Era un curtido caballero, de rostro duro y proporcionado, donde destacaban sus ojos de un verde intenso.

Una cicatriz que nacía sobre su ceja izquierda y se prolongaba por su mejilla delataba una vida de lucha y sufrimiento. Unas hebras plateadas salpicaban su barba y cabello oscuros.

El calatravo se marchó seguido de Álvaro Torres, su mejor amigo. Los dos bajaron al patio y se subieron a sus monturas. Los caballos piafaron, presentían el combate. Olía a sudor, a cuero, a metal. A guerra.

Vidal observó al resto de los freires, la mayoría eran jóvenes que apenas habían acabado su entrenamiento. No pudo evitar sentir lástima por ellos; muchos, sino todos, no volverían a ver un amanecer. Quedaban muy pocos veteranos.

Francesc Soler, Luis Mozo y Ramón Peña se acercaron. Los tres caballeros, junto a Vidal y Torres, eran los únicos que llevaban cosida una descolorida cruz roja en sus hábitos blancos. Habían participado en la cruzada de Federico Barbarroja y Ricardo Corazón de León en Tierra Santa y no habían podido estar presentes en la batalla de Alarcos, una absoluta derrota de las armas cristianas, ni defender la sede de su orden, Calatrava. Una carga que les lastraba el ánimo.

Cuando regresaron de su peregrinación, se habían encontrado con un panorama desolador. Su orden estaba al borde de la extinción, habían perdido su legendaria casa madre y la mayoría de los freires habían caído en combate. Los pocos supervivientes habían intentado buscar consuelo en la oración, refugiados en su castillo de Ciruelos. Muchos se habrían rendido ante la fatalidad, dejándose llevar por la desazón.

Pero no los caballeros de Calatrava. El maestre de entonces, Nuño Pérez de Quiñones, al mando de cuatrocientos caballeros y setecientos escuderos, las escasas fuerzas calatravas, partió en la oscuridad hacia el mismísimo corazón del enemigo y, en una acción rayando la temeridad, tomó por sorpresa la fortaleza de Salvatierra. A Vidal se le dibujaba una sonrisa en su adusto rostro ca-

da vez que recordaba aquella noche. La gesta insufló nuevos ánimos a los alicaídos cristianos y supuso una afrenta para los musulmanes, mellando su orgullo, enardecido tras su apabullante victoria en Alarcos. Salvatierra se había convertido en un símbolo y los calatravos no la cederían con facilidad.

La fortaleza era imponente. Parecía que siempre había estado allí, se creía que los antiguos romanos fueron los primeros en darse cuenta de la importancia estratégica de controlar ese paso. Desde entonces había cambiado de manos en numerosas ocasiones. Destacaba su orgullosa torre del homenaje, construida en mampostería con las esquinas de sillería de roca volcánica de gran tamaño, dándole un curioso contraste de tonos rojizos, grisáceos y terrosos. Los muros de su perímetro eran altos y robustos, aprovechando la escarpada orografía de la cima de la montaña. A sus pies habían combatido y muerto generaciones de soldados.

Y la guerra regresaba a su sombra.

Los cinco calatravos, junto a sus cientos de hermanos, se alinearon en silencio, dispuestos para el combate. Todos iban ataviados con una cota de malla que les cubría el torso y los brazos, un almófar que les protegía la cabeza y el cuello y unas brafoneras en las piernas. Encima llevaban el hábito blanco cisterciense en el que iba cosida una cruz de color negro con la flor de lis en las puntas, símbolo de los calatravos. Una capa blanca colgaba de sus espaldas y un yelmo plano, que dejaba la cara al descubierto, se asentaba en su cabeza. Asieron las lanzas, con sus puntas mirando el cielo, arrancando destellos brillantes del sol. Vidal comprobó su espada, sacándola brevemente de su vaina, escudriñado su filo. La noche anterior, como era su costumbre antes de un combate, había afilado la hoja hasta que cortase con el mínimo roce, como la hoja de un carnicero.

El maestre Ruy Díaz de Yanguas apareció sobre un enorme semental ruano. Era un hombre fornido, de barba espesa y ojos oscuros. Su rostro feroz irradiaba una energía y determinación sin

fisuras. Se colocó al frente de sus hombres, observándoles hasta que hubo un completo silencio; hasta los animales parecieron callar. Todos contemplaban a su líder.

—Bien freires —arengó con su voz profunda—, vamos a demostrar a esos sarracenos de qué están hechos los calatravos. Vamos a dejarles claro que les resultará difícil tomar Salvatierra y que han de prepararse para una lucha sin piedad. Haremos una carga y regresaremos. Es preciso que nadie se desmande ni rompa la formación; eso les meterá miedo en el cuerpo. No perdáis tiempo con los peones, atacaremos a la caballería infiel. Nos guiaremos por las enseñas blancas. —Hizo una breve pausa, quería que asimilaran la estrategia del ataque—. Muchos apenas lleváis meses en la orden —continuó—, pero habéis sido bien entrenados, probados por el ayuno y la obediencia, endurecidos por la vigilia y vuestra fe en Cristo. Que cada hermano sea la fortaleza para el otro, porque el hermano ayudado por el hermano es como una ciudad amurallada. Alabemos al Señor de los Ejércitos que nos ha concedido el honor de cabalgar en su milicia y nos premia con este día de júbilo, dispuestos como estamos a ver su rostro.

El maestre calatravo invocó a Santa María, ya que eran muy devotos de la Madre de Dios, y los caballeros se persignaron. Los formó en tres haces. Los monjes guerreros se colocaron en posición, con una precisión mil veces ensayada. Se oía el rumor lejano del numeroso enemigo que se acercaba, amenazante y perturbador, pero los hombres aguardaban serenos.

Ruy Díaz de Yanguas se acercó a Vidal.

—Frey Vidal, comandarás el flanco derecho —ordenó con sequedad.

El calatravo asintió. Los dos caballeros se miraron unos instantes, compartiendo su férrea determinación.

La puerta de la fortaleza se abrió con un gemido. Un perro, sucio y nervioso, lanzó un aullido lastimero mientras se apartaba.

Los escuderos les despidieron en silencio, compartiendo su entereza y valentía. La tierra tembló, los caballeros de Calatrava marchaban en busca de sus enemigos.

Abandonaron la seguridad de sus murallas y se distribuyeron en tres haces, formando una única y temible línea de combate. En el centro del grupo del flanco derecho se colocó Vidal, junto a Torres y sus veteranos compañeros. En el medio de la línea pudo contemplar el confalón de la orden, sabiendo que marcaba la posición del maestro. La cruz negra les guiaba a la batalla.

Se produjeron gritos y barullos entre los almohades, la enorme hueste se detuvo asombrada. Habían imaginado que los cristianos intentarían resistir un asedio tras los recios muros de su castillo, no que saldrían a campo abierto en busca de sangre. Todos conocían a los calatravos y los odiaban y temían por igual.

Los soldados de Cristo comenzaron a descender hacia la llanura al trote. Había tranquilidad entre los freires, habían encomendado sus almas a Dios y sus vidas ya no les pertenecían. Un espíritu de camaradería y hermandad les guiaba con serenidad a los brazos de la muerte. Las fuertes monturas marchaban muy juntas, la rodilla de un jinete tocaba la del compañero de al lado. Un compacto muro de hierro y carne avanzaba hacia sus enemigos. Los sarracenos, sorprendidos, intentaron organizar sus líneas, pero no era fácil movilizar semejante multitud. Los tambores rugieron y los clarines llamaron con sus notas estridentes. Los caídos musulmanes gritaban desesperados al orden. Su superioridad numérica era abrumadora, pero eso poco importaba a los desdichados que fueran el objetivo de la carga.

Los caballeros bajaron sus lanzas y erizaron el frente de acero cruelmente afilado. Sujetaron sus escudos de madera con fuerza y pusieron al galope sus corceles. La tierra temblaba a su paso, las poderosas patas levantaban una nube de polvo. Las capas de los calatravos se zarandearon bruscamente y el pendón de la cruz negra se agitó con violencia; buscaba la sangre de sus enemigos.

Los calatravos ya habían alcanzado la llanura y su señor les guio hacia su derecha; había divisado las grandes enseñas del califa, pendones blancos con suras del Corán. Los caballos relinchaban, mostraban los dientes amarillos, presentían la muerte. Los hombres aguardaban en silencio, con sus duros rostros azotados por el viento y el polvo, mientras en sus caderas se sacudían las vainas de cuero donde descansaban impacientes sus espadas bendecidas.

Los caballeros alcanzaron su primer objetivo.

Una muchedumbre de voluntarios de la fe se interponía entre ellos y la caballería andalusí. Los grandes corceles y sus imponentes jinetes cayeron sobre ellos con una fuerza brutal. Las largas lanzas atacaron a fondo, destrozando los cuerpos de los musulmanes que se derrumbaban como peles ensangrentadas. La sangre salpicó las blancas gualdrapas de los caballos, las pezuñas quebraron los huesos de hombres que chillaban aterrorizados.

La carga atravesó la marea de sarracenos con insultante facilidad, dejando tras de sí un reguero de cuerpos destrozados, de miembros amputados, de soldados que gritaban desesperados mientras la vida se les escapaba por sus terribles heridas.

Los calatravos siguieron con su furioso galope, en perfecta formación, y pronto alcanzaron a la caballería pesada andalusí que, tras años de guerra, habían imitado la forma de luchar de sus enemigos. Montaban grandes caballos y llevaban armaduras gruesas y pesadas como las de los cristianos. Sin embargo, no poseían la destreza y entrenamiento de los calatravos y, sobre todo, no habían tenido tiempo de formar y lanzarse al galope.

El impacto se oyó con claridad en la llanura. Animal y caballero, casi una tonelada de acero y músculo, golpeando al unísono contra unos jinetes desperdigados. La cacofonía de la batalla aumentó. Ya no se escuchaban los tambores ni clarines; ahora era el momento de los gritos de odio, de los relinchos asustados de los caballos, de los aullidos de dolor, de la canción del acero.



Vidal aún conservaba su lanza tras haber matado a tres soldados enemigos de infantería; la sangre caliente goteaba de su siniestro filo. Un caballero musulmán apareció delante de él y alzó el escudo para detener su ataque. En el último momento, cambió la trayectoria de su lanza y el arma penetró con violencia en el cuerpo del andalusí con un húmedo crujido, descabalgándolo. La lanza se partió con un chasquido y el calatravo desenvainó con rapidez su espada. El acero arrancó un destello al sol antes de que describiera un círculo a una velocidad vertiginosa. La hoja impactó contra el yelmo de otro caballero sarraceno, destrozando el metal y el cráneo que protegía. El soldado cayó al suelo con un gemido para ser rápidamente pisoteado por las robustas patas de las monturas calatravas.

La línea cristiana produjo estragos entre los musulmanes en medio de una nube de polvo y horror. La tierra temblaba, el aire vibraba con el sonido de la muerte, del acero despedazando la carne. Eran una mancha blanca en una marea negra.

Los calatravos continuaron con la cabalgada, sabiendo que si se enredaban en un combate prolongado serían exterminados, engullidos por la enorme superioridad numérica de sus odiados enemigos. Se zafaron de los caballeros musulmanes que amenazaban con rodearles y regresaron a Salvatierra.

Entonces la situación se tornó desesperada, un numeroso contingente de *agzaz* comenzó a perseguirles. Montaban caballos más ligeros y frescos y pronto se acercaron peligrosamente a los cristianos. Se oyó un siniestro silbido y el aire se llenó de proyectiles con plumas oscuras. Los kurdos disparaban sus arcos con profesional letalidad y varios monjes guerreros cayeron con saetas hundidas en sus cuerpos.

Los caballeros alcanzaron la pendiente que los llevaría a la seguridad de los muros de su fortaleza, pero sabían que los jinetes sarracenos les atraparían antes de lograrlo. A una orden del maes-

tre, treinta calatravos del flanco izquierdo giraron sus monturas y se abalanzaron sobre los musulmanes. No gritaron, no protestaron, no dudaron.

Los almohades los rodearon; un minúsculo grupo de hábitos blancos en medio de una vociferante horda oscura. Se escuchó el entrechocar metálico y los aullidos guturales de los hombres matándose. Los caballeros fueron engullidos en un remolino de odio y venganza.

Pero su sacrificio no había ido en vano, el resto de los calatravos entraron en el castillo y cerraron la puerta con un crujido. En la llanura quedaron los sarracenos furiosos, entre gritos de odio, con decenas de compañeros muertos. La sangre volvía a correr en una tierra sin paz y el mensaje había quedado claro.

Salvatierra no caería con facilidad.



PRIMERA PARTE

# LA LLAMADA DE DIOS

SEPTIEMBRE DE 1211-20 DE JUNIO DE 1212



Un relámpago iluminó el cielo nocturno seguido de un sonoro trueno que hizo vibrar la tierra. La luna había quedado oculta tras unas nubes espesas y oscuras. La lluvia caía con fuerza, martilleando sobre el tejado del palacio. El agua, recogida por unos canales ocultos, era vomitada por las gárgolas, desparramándose como un torrente por el suelo, varios metros más abajo.

Un hombre mayor, de barba blanca y cabellos largos y níveos, se había acomodado tranquilamente frente a una lumbre. Observaba distraído el crepitar del fuego mientras las llamas jugaban con las sombras de su rostro. Podía oír la conversación en tonos quedos que mantenía su mujer con un hombre en una mesa de madera, detrás de él, pero no les prestaba atención. Estaba ensimismado en sus propios pensamientos, recostado sobre un cómodo sillón.

De pronto alguien golpeó la puerta del salón y se hizo el silencio. Entró un chambelán portando una librea con un escudo bordado; en un campo de gules un castillo de oro, almenado de tres almenas y donjonado de tres torres, cada una con tres almenas de lo mismo, mazonado de sable y aclarado de azur. El escudo de Castilla. Se acercó al hombre e hizo una leve reverencia.

—Hay un caballero que solicita veros, mi señor. Es urgente —informó, entregándole una carta.

Alfonso, rey de Castilla, leyó rápidamente la nota. Sus ojos oscuros, llenos de energía, destacaban en su rostro arrugado y curtido.

—Hacedle pasar —ordenó.

Enseguida apareció un caballero alto, de complexión fuerte y con el aspecto duro de un luchador. Vestía el hábito blanco con la cruz negra cosida de los calatravos. Se aproximó al rey y se detuvo a una distancia prudencial. Estaba empapado y el agua goteaba de su armadura, creando un pequeño charco a sus pies. Tenía la melena, larga y oscura, mojada. Las llamas brillaban en sus ojos verdes.

Alfonso lo contempló un momento. Era el paradigma del caballero de Calatrava: un soldado fuerte, lleno de cicatrices, imperturbable ante la adversidad. El monarca no pudo evitar fijarse en la sencillez de sus vestimentas y armas. Todo estaba para la comodidad de la mano. Tal como un carpintero utilizaba una sierra o un herrero un martillo, el caballero usaba la espada como una herramienta. Sin adornos ni extravagancias, como correspondía a un guerrero de frontera. Al rey le gustaban los calatravos.

Enric Vidal, sin embargo, se encontraba incómodo. Como siempre que se presentaba en una corte o ante un poderoso señor, se sentía desplazado, fuera de lugar. Su sitio estaba con sus hermanos, entre caballos y armas. Recordaba cómo su maestre le había ordenado, de madrugada, que debía partir de inmediato para ver al rey. El calatravo se disgustó por tener que abandonar al resto de los freires en un momento tan delicado, pero lo asumió con la resignación habitual de un soldado. Marchó hacia el norte acompañado por Álvaro Torres, oculto entre las sombras de la noche.

—¿Qué nuevas traéis de Salvatierra? —preguntó el rey, aunque ya lo había leído en el texto enviado por Ruy Díaz de Yanguas.

Vidal frunció el ceño. Con la mano izquierda agarraba el mango de su espada, con gesto marcial, como solía hacer cuando estaba nervioso.

—Malas, mi señor —respondió—. Llevamos más de un mes bajo el asedio de los almohades. Cuentan con una hueste de miles de hombres y han traído máquinas de guerra. Las piedras castigan nuestras murallas y los asaltos merman nuestras filas. Por el momento, resistimos, pero no podremos aguantar mucho más.

El calatravo tuvo un fugaz recuerdo de monstruosas rocas cayendo del cielo, arrancando trozos de mampostería de los muros, aplastando a sus hermanos. Un segundo antes había un compañero y uno después se había convertido en un amasijo de carne destrozada. También pudo ver los ataques de hordas de fanáticos que se lanzaban contra sus defensas, contra las espadas empapadas de sangre de los cristianos.

El rey asintió y alzó la carta en el aire.

—Vuestro maestro —explicó— me plantea dos alternativas. Que os envíe refuerzos o que os dé permiso para abandonar el castillo.

Alfonso se quedó en silencio, pareciendo meditar la respuesta. Un hombre y una mujer se levantaron de la mesa y se acercaron. Vidal los reconoció de inmediato.

La mujer era Leonor Plantagenet, esposa de Alfonso y reina de Castilla, hija del rey Enrique de Inglaterra. Era una mujer ya mayor, de cabello plateado recogido bajo la toca, de una serena belleza. El hombre era Rodrigo Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo. Debía de tener una edad aproximada a la de Vidal, pero de piel menos curtida por el sol. Bien afeitado, de labios finos y mirada inteligente. Sus inquietos ojos castaños parecían escudriñarle el alma.

La reina observó al caballero y se fijó en la cruz roja cosida en su hábito.

—¿Habéis participado en la cruzada a Tierra Santa? —quiso saber.



—Así es, mi señora.

—¿En la última o en la de Ricardo Corazón de León? —inquirió Leonor. Vidal sabía que el legendario monarca inglés, ya fallecido, era su hermano. Después de la cruzada en la que había participado, la conocida como la tercera, había habido una cuarta, hacía nueve años, que no había podido salir peor.

—Tuve el honor de combatir por la fe verdadera en Outremer con Ricardo Corazón de León —contestó el caballero.

La reina le dedicó una sonrisa triste.

—Algún día tendréis que contarme esa aventura.

—Será un placer —aceptó Vidal.

El silencio regresó, el rey observaba el fuego con dolor en la mirada.

—Debéis volver a Salvatierra —dijo al fin—. No podemos enviar ahora mismo tropas en vuestra ayuda, así que no tiene sentido sacrificar más vidas. Tenéis mi permiso para abandonar la fortaleza.

Vidal inspiró con fuerza, frustrado. Sabía que era la respuesta más probable y la más lógica, pero, aun así, había albergado la vana esperanza de que el rey pudiese acudir en su rescate. Sabía que el castillo estaba muy alejado de la frontera cristiana y enzarse en un combate contra un numeroso enemigo en esos momentos habría sido una imprudencia temeraria.

—Así se lo comunicaré a mi maestre, mi señor —respondió Vidal. Hizo una reverencia y abandonó el salón con el tintineo del acero.

Alfonso cerró los ojos, con una pena inconsolable. La osada toma de Salvatierra por los calatravos había sido un alivio para los reinos cristianos. Habían logrado una firme isla en medio del territorio enemigo, un formidable obstáculo para controlar el acceso a las llanuras hasta el río Tajo. Era el escudo de Castilla, la defensa de Toledo, una humillación para los sarracenos donde el campanario

de su iglesia les desafiaba cada día con su pío tañido. Los muecines intentaban llamar a la oración bajo su canto al Dios de la cruz; una afrenta intolerable. Un lugar que, según sus propias palabras, hacía sufrir el corazón de la fe musulmana.

—Es un desastre —murmuró apesadumbrado.

La dolorosa derrota de Alarcos le sobrevoló con su terrible sombra. Cuando parecía que la situación había mejorado, cuando las huestes castellanas recuperaban su fuerza, recibía otro duro revés.

—Una vergüenza para la fe cristiana —apostilló, lúgubre, Jiménez de Rada.

—Pero no tenemos alternativa —repuso Leonor—. No podemos enfrentarnos otra vez solos con los agarenos en campo abierto. Todos sabemos lo que ocurrió en la última ocasión.

Sabían que la reina tenía razón, pero eso no mitigaba el dolor. Un silencio triste les envolvió.

—Se ha deshecho nuestra estrategia defensiva —caviló el rey—. Ha caído una de las plazas más poderosas del reino, ahora nada se interpone entre Sevilla y el valle del Tajo.

—¿Y qué haréis? —preguntó Jiménez de Rada.

El monarca se levantó y comenzó a caminar lentamente por el salón.

—Convocaré a mi mesnada —respondió— y permaneceré en la sierra de San Vicente.

El emplazamiento montañoso, cerca de Talavera, era una buena posición estratégica. A medio camino entre las zonas meridionales y orientales de Castilla, las más expuestas a los ataques de almohades y leoneses. Había que ser precavido por si su primo leonés, siempre al acecho, aprovechaba la encrucijada para volver a atacar sus dominios.

—Además, debemos convocar urgentemente un consejo con los principales señores del reino —intervino Leonor.

Alfonso asintió.

—Les propondré la única solución que puede salvarnos: una batalla campal.

Los tres se quedaron callados. Todos sabían de la dificultad de vencer a los siempre numerosos almohades en campo abierto. El recuerdo de Alarcos estaba muy presente. Si volvían a ser derrotados, Castilla quedaría indefensa, con las puertas abiertas para más conquistas almohades. Perderían numerosas villas y plazas. Más aún, todos los reinos hispanos quedarían a expensas de la voluntad musulmana. Sin embargo, si vencían, el temible ejército califal sería neutralizado y la iniciativa de la guerra pasaría a manos cristianas. Era un alto riesgo, pero con una enorme recompensa.

—Necesitaremos toda la ayuda posible —razonó el arzobispo—, y en eso nos ayuda la caída de Salvatierra. Durante los últimos años habéis solicitado al Santo Padre la proclamación de una cruzada contra el infiel aquí, en España. Hasta el momento se ha resistido tras el descalabro de la última en Oriente, pero ahora no podrá negarse. La pérdida del castillo calatravo pone en riesgo el norte de la península y, con él, peligra el frente occidental cristiano. Así lo verá el papa.

Alfonso meditó sus palabras un segundo, un nuevo fuego se encendía en su mirada.

—Le escribiré una carta inmediatamente —dijo con renovada energía— y vendrán guerreros de todos los reinos cristianos en nuestra ayuda. Miles de soldados engrosaran nuestras filas y podremos marchar contra nuestros enemigos.

Leonor sonrió, con el ánimo recompuesto.

—Y todavía más importante —apuntó—. Navarros y leoneses, ante el temor de la excomuni3n, no osaran hostigar nuestras fronteras mientras combatimos a los moros en el sur.

El rey de Castilla se dejó caer en su sill3n, aliviado. Una cruzada era la respuesta, el único camino posible hacia la salvaci3n. Tras Alarcos, Castilla estuvo muy cerca de desaparecer. Leoneses

y navarros, que habían llegado a un acuerdo con los almohades, asediaron su reino por todos los flancos. Al final, la providencia acudió en su rescate. Primero, con la llegada al trono de Pedro de Aragón, un fiel aliado. Y, posteriormente, enviando a los rebeldes de Ifriqiyya, obligando al califa a dirigir sus atenciones a otro límite de su vasto imperio, dando una más que necesaria tregua a los castellanos. La ayuda divina se completó con la muerte del temible Yaqub al-Mansur, cediendo su trono a su hijo al-Nāsir, con aún todo por demostrar.

Alfonso suspiró. No sería sencillo y un numeroso y crecido enemigo les aguardaría para darle una segunda y definitiva estocada. No podían fallar. La guerra asolaría de nuevo las tierras de España, se reclamaría un alto tributo de sangre y muerte.

La cruzada debía ser proclamada.

\* \* \*

Vidal parpadeó cuando una gota de sudor le entró en el ojo. A pesar de estar ya en septiembre, finalizando un largo verano, seguía haciendo mucho calor. Ruy Díaz de Yanguas resopló a su lado.

—¡¿Cuánto más piensan hacernos esperar?! —soltó con un bufido.

El calatravo no contestó, se limitó a contemplar el gigantesco campamento sarraceno. El maestro, Vidal y un freire que portaba una bandera blanca habían abandonado la fortaleza de Salvatierra. Los tres caballeros habían dejado atrás la seguridad de los gruesos muros, recorriendo una franja de tierra arrasada por los asaltos de los musulmanes. Todos rechazados. Había escudos y armas, flechas hundidas en el suelo, ratas y algunos cadáveres pudriéndose bajo el sol. El hedor era nauseabundo. Cuando salieron del alcance de las armas de los defensores, se detuvieron, enarbolando la enseña blanca. Pedían parlamentar.

Rápidamente fueron detectados por los almohades y unos jinetes corrieron hacia el monstruoso campamento que ocupaba todo el valle, a los pies del rocoso cerro donde se asentaba Salvatierra.

De eso hacía casi dos horas. Un tiempo que los calatravos habían aguardado pacientemente, sobre sus intranquilas monturas. Los animales sentían el nerviosismo de sus dueños. Los hombres siguieron esperando en silencio, hasta que un movimiento captó su atención. Tres jinetes se aproximaban.

—Ya se dignan a hablar con nosotros —dijo Ruy Díaz.

—Solo nos recuerdan que ellos tienen el poder y que nosotros estamos suplicando por salvar nuestros pellejos infieles —repuso Vidal.

—Siguiendo las órdenes del rey —añadió el maestro.

Los tres musulmanes se detuvieron a corta distancia y les observaron en un incómodo silencio. Vidal se fijó en el hombre de en medio, claramente el líder del grupo. Era delgado, de rostro atractivo, con el bigote y la barba recortados. Se cubría con un *burnús* de buena factura y con un turbante abultado, con una joya verde que refulgía bajo el sol. Lo flanqueaban un hombre de mediana edad, un andalusí moreno, y uno de los enormes esclavos de piel negra. Su tamaño era intimidante.

—Mi señor, Abú Said ibn Yami —comenzó a hablar el andalusí en romance fluido, señalando al líder—, poderoso visir omnipotente del califato almohade, os escucha.

El maestro calatravo le miró un momento y luego clavó sus ojos oscuros en el visir.

—Solicitamos el amán a vuestro señor, el Miramamolín. Rendiremos Salvatierra a cambio de nuestras vidas y de que podamos marchar en paz.

—¿Pedís la paz?

Ruy Díaz apretó los dientes.

—Nunca habrá paz entre nosotros —respondió con voz dura—. Pero os ofrecemos un acuerdo ventajoso para todos.

El traductor asintió y comenzó a hablar en árabe con Abú Said.

—Lo que nos imaginábamos —masculló el visir tras oír la traducción, con una sonrisa taimada—, los comedores de cerdo quieren huir. Son unos puercos cobardes.

Vidal reconoció el insulto. No hablaba árabe, pero entendía unas cuantas palabras, especialmente las injurias. Miró al almohade con cara de pocos amigos.

—Puercos —repitió en árabe.

Los musulmanes se quedaron petrificados, observándole con incredulidad. Abú Said comenzó a enrojecer.

—¿Qué significa esa palabra? —preguntó inocentemente Vidal tras unos tensos segundos, en romance.

El traductor dudó un momento, intercambiando una mirada con su señor.

—No importan las palabras —interrumpió el maestre calatravo, temiendo que la negociación acabase en insultos y amenazas—. La cuestión es si aceptáis nuestra petición de amán.

El visir seguía observando a Vidal. Veía a uno de esos odiosos freires que nunca se rendían, que tantos problemas les creaban. Despiadados, siempre dispuestos a luchar. La verdad era que le intimidaba, el caballero tenía un aspecto duro y peligroso. Y, aunque ninguno estaba armado, tenía la seguridad de que podía matarlo con sus manos desnudas. Él había traído a uno de los titanes de la Guardia Negra, con la intención de amedrentar a los cristianos. No obstante, ahora se arrepentía. Los Ábid al-Majzén eran temibles a pie, como infantería inamovible. No estaban acostumbrados a montar a caballo y el guardia cabalgaba con la misma gracia que un enorme saco de paja. Hasta el animal parecía ridículo comparado con el hercúleo guerrero que llevaba. Sin embargo, el maldito

calatravo parecía haber nacido sobre su fuerte montura. Se movía con una seguridad y arrogancia que le irritaban.

—¿Señor? —llamó su atención el andalusí.

Abú Said sintió que tenía la mandíbula apretada y se enfadó consigo mismo por permitir que uno de esos perros infieles le distrajera. Hacía unos cuantos días que habían autorizado que una delegación de caballeros fuera a suplicar al rey castellano. Solo podía traer dos respuestas: o venía en su ayuda o les ordenaba rendirse. Ambas opciones complacían al califa. Llevaban casi dos meses de asedio y aún no habían doblegado a los cristianos. Estaba cansado y temía que su reputación se viese cuestionada por no poder acabar con un puñado de monjes agarrados a esa roca contando con semejante ejército. Si venía el ejército castellano, cosa improbable, sería destruido, si no, aceptaría la rendición de la fortaleza y podría volver a la capital de su imperio con una victoria.

El visir carraspeó. Nada le hubiera gustado más que poder negarles su oferta y deleitarse viéndolos morir. Especialmente, a ese caballero descarado. Pero tenía órdenes del hombre más poderoso del mundo y no había llegado a su posición desobedeciendo al califa.

—Diles a los comedores de cerdo que aceptamos su amán —dijo al fin—. Deben abandonar Salvatierra antes de la puesta de sol.

El andalusí tradujo de inmediato. Se notaba que estaba incómodo.

—Así sea —asintió Ruy Díaz.

Abú Said señaló hacia el norte, mirando fijamente a Vidal.

—Huid con vuestro rey —escupió—, rebaño de cobardes. Nos volveremos a encontrar en Toledo.

—No, nos veremos más al sur —replicó Vidal, apuntando en dirección contraria con su brazo. No había comprendido todas las palabras, pero el mensaje era inconfundible.

Los tres calatravos se dieron la vuelta y regresaron a la fortaleza. Vidal se giró un momento y vio a los musulmanes trotando hacia su campamento. El visir cabalgaba gesticulando, parecía enfadado. Sonrió.

—No hacían falta las provocaciones —le reprendió el maestro, aunque no había enojo en su voz.

—Ellos nos han insultado primero.

Siguieron un tramo en silencio, adentrándose en la franja de tierra donde se habían librado los asaltos almohades. Hacía ya varios días del último. Cada ataque se había saldado con numerosas bajas sarracenas y llevaban varias jornadas en que los musulmanes se limitaban a castigar sus murallas con las piedras lanzadas por las catapultas.

—El guardia de piel negra era inmenso —dijo Ruy Díaz.

Vidal se encogió de hombros.

—Pero no lleva armadura —repuso—. Por muy fuertes que sean sus músculos, no pueden detener el acero bien afilado. El hierro abrirá su carne como la de cualquiera.

—Sí, pobrecillo, me ha dado lástima... —respondió el maestro con ironía—. Algún día puede que nos tengamos que enfrentar a un muro de estos guerreros desvalidos... ya veremos entonces si te parecen tan fáciles de matar.

—Ojalá fuera pronto, eso quiere decir que hay una batalla. Por el momento, nos toca replegarnos. Nos toca perder.

Ruy Díaz hizo una mueca. Tener que abandonar su sede actual era un trago amargo, un paso atrás. Habían perdido a cientos de freires, valientes hermanos que ya estaban con Dios. Sabía que su noble sacrificio había bloqueado al poderoso ejército sarraceno todo el verano, salvando a los reinos cristianos durante un año más. Al menos habían ganado tiempo para que los monarcas hispanos reunieran a sus huestes, para luchar unidos para acabar con el monstruoso ejército almohade.



—Llegará el día en que nos tocará ganar —aseguró, mirando al cielo.

\* \* \*

No había luna. El astro ocultaba su dolor tras unas nubes oscuras, tan solo las estrellas que se desparramaban brillantes entre ellas proporcionaban una tenue penumbra para que los caballeros pudieran avanzar hacia el norte. Los calatravos marchaban cabizbajos, en desgarrador silencio.

Tras la capitulación acordada con los almohades, los caballeros habían recogido sus armas, sus animales y sus escasas pertenencias. Al anoecer, abandonaron Salvatierra. Habían resistido cincuenta y un días de un terrible asedio. Habían muerto decenas de monjes guerreros, bajo las piedras lanzadas por las cuarenta catapultas almohades, bajo el asalto de los miles de soldados musulmanes, bajo la implacable sed. Habían tenido que ver impotentes cómo incendiaban el poblado exterior construido a la sombra de las murallas, cómo se elevaban columnas de humo negro en el horizonte, donde los jinetes sarracenos arrasaban los campos toledanos. Lo peor había sido al anoecer del primer día, después de la carga de los cuatrocientos caballeros. Habían decapitado a todos los freires muertos y apilaron sus cabezas formando un macabro minarete. Sobre él ascendió un almuecín y convocó a los fieles para su oración a Alá. El horrible espectáculo, que habría descompuesto el ánimo de la mayoría, no pudo con el espíritu calatravo. Habían resistido más allá de lo imaginable, más allá de lo que nadie pudiese pedir a ningún hombre. Aunque eso no les servía de consuelo; amargas lágrimas corrían por los ensangrentados rostros de muchos de ellos.

Los caballeros pusieron rumbo a su castillo de Zorita. Les esperaba una larga y penosa marcha por territorio hostil. Pudieron

oír los cánticos de alegría de sus enemigos, habían tomado Salvatierra, el puñal clavado en medio de sus dominios. Quitaron las cruces, vejándolas, y las sustituyeron por la media luna, por los pendones del Profeta. Convirtieron la capilla en una mezquita, purificándola primero. Descolgaron la campana que tanto les había ofendido los últimos años y la arrojaron con un gran estruendo.

La mayoría de los calatravos no giraron la cabeza, no querían ser testigos de la profanación de la que había sido su sede los últimos años. Incluso les habían llamado caballeros de la Orden de Salvatierra, aunque el nombre no había cuajado entre los freires veteranos. Ellos eran los monjes guerreros de Calatrava y su honor no sería repuesto del todo hasta que la recuperaran.

Vidal no estaba acostumbrado a la humillación, la llama de la venganza ardía en su interior. Se atrevió a contemplar la fortaleza por última vez, rogándole a Dios en silenciosa plegaria que le permitiese restaurar la cruz negra en lo alto de sus torres. La rabia y la pena rugían en su pecho.

Al final, la luna apareció y su plateada luz hizo resplandecer ligeramente las capas blancas de los calatravos. Parecían fuegos fatuos dispuestos a prender las llamas de la guerra santa.

Habían sido derrotados, pero la victoria final estaba lejos de decidirse.

\* \* \*

El califa Muhammad al-Nāsir regresó a Sevilla satisfecho. Tomada Salvatierra, una peligrosa plaza cristiana desde la que los calatravos hostigaban sus territorios, se le abría el camino hacia el norte. Hubiera preferido que el rey de Castilla hubiese venido en socorro de los caballeros cistercienses e infligirle otra dura derrota, pero Alfonso, prudentemente, había preferido esperar tras los muros castellanos. Había aprendido la lección de Alarcos, donde la impacien-

cia le había dominado, lanzándose temerariamente a la batalla sin esperar a sus aliados. El Miramamolín era un hombre tranquilo y no se alteró; el verano siguiente volvería a marchar contra sus enemigos y esta vez sería de forma definitiva.

La Europa cristiana miraba a España preocupada. Después del desastre de la última cruzada en Tierra Santa, la frontera oriental se tambaleaba. Hacía nueve años, se inició una nueva peregrinación para recuperar Jerusalén, la cuarta, predicada por el papa Inocencio. En el viaje surgieron infinidad de problemas; buen número de las tropas comprometidas no aparecieron, aunque la flota sí que se organizó, pero nadie quiso asumir sus gastos ya que no había soldados a transportar. Fue un auténtico caos organizativo y político que degeneró en una sucesión de campañas de saqueo sobre tierras croatas y en la sangrienta conquista de Constantinopla. Se dio por finalizada sin cumplir ninguno de los objetivos previstos y dejando más debilitados los pocos territorios que aún conservaban los cristianos en Outremer.

Con semejante situación, Roma contemplaba los acontecimientos del frente occidental, España, con suma atención. El miedo se extendía entre los cristianos. La caída de Salvatierra les había sumido en la desesperación, mirando hacia el sur aterrorizados sabiendo que solo la llegada del invierno retrasaba lo inevitable: una nueva invasión musulmana, quizá ya la definitiva. Las mujeres gemían asustadas, los hombres gritaban preocupados.

Pero los reinos hispanos no pensaban desaparecer en la oscuridad sin luchar. A finales de septiembre se celebró un consejo con los principales señores de Castilla. No faltó nadie. Acudieron a la llamada del monarca el infante don Fernando, el arzobispo de Toledo, el canciller Juan de Soria, el veterano Diego López de Haro con sus hijos, Álvaro Núñez de Lara y varios obispos y magnates. Después de deliberar, se acordó aceptar la estrategia planteada por el rey: presentarían una batalla campal al ejército almohade.

Para ello se tomaron varias medidas de aplicación urgente. La primera era convocar todas las fuerzas disponibles castellanas. Se promulgó un edicto real llamando a las armas a todos los concejos del reino y la orden de movilización se pregonó con rapidez por todas las villas y fortalezas de Castilla. Debían detenerse las construcciones de murallas, las fortificaciones defensivas. Era el momento de empuñar el acero, de prepararse para la batalla. Pronto se entendió que no se trataba de una cabalgada más de saqueo, algo común en la guerra interminable entre cristianos y musulmanes en la península ibérica. Sería un combate a muerte, sin piedad, a campo abierto.

La segunda era buscar la unidad entre los reinos españoles contra el enemigo común. Habían tenido duros enfrentamientos con los otros monarcas, especialmente con Alfonso de León y Sancho de Navarra. Se enviaron delegaciones en misiones diplomáticas para obtener sus apoyos. También acordaron una reunión con Pedro, rey de Aragón, con el que tenían una buena relación.

La tercera, de vital importancia, era la necesidad de la proclamación de una cruzada. Era imprescindible por dos razones. Una peregrinación armada, con la concesión de indulgencias plenarias, aportaría miles de combatientes del resto de Europa que aumentarían las fuerzas cristianas y, no menos importante, significaría que cualquiera que atacase a los territorios castellanos quedaría excomulgado. Una eficaz medida de presión para el resto de los reyes españoles. Ya no sería una contienda entre un rey castellano y un rey musulmán, era una batalla de la cristiandad unida contra las oscuras fuerzas del islam.

Alfonso ya había enviado una carta al sumo pontífice rogándole por la promulgación de una cruzada, pero se decidió que los clérigos enviasen embajadas para acelerar el proceso. Se acordó que el respetado eclesiástico don Gerardo viajase a Roma para entrevistarse con el papa Inocencio, pidiéndole su auxilio espiritual, y

que el médico personal del rey, Arnaldo, predicara la cruzada por las tierras de Poitou y Gascuña, prometiendo recompensas a los que acudiesen a la llamada.

Al-Nāsir estaba al tanto de todos los movimientos de sus enemigos, pero permanecía inalterable. Confiaba en el enorme poder de sus huestes y en la ayuda de Alá. Se alegraba de ser su instrumento en la guerra que estaba a punto de estallar entre la cruz y la media luna. El próximo año se produciría una batalla sin precedentes y sonreía imaginando la destrucción de los cristianos, de su sangre derramada, de sus cabezas cortadas, de sus cuerpos destrozados.

Llevaría la muerte hasta la mismísima Roma.